

ALFONSO DOMINGO

---

LA BALADA DE  
BILLY EL NIÑO

---



algaida



Primera edición: 2014

© Alfonso Domingo, 2014

© Algaida Editores, 2014

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

Composición: REGA

ISBN: 978-84-9067-102-3

Depósito legal: SE. 1236-2014

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

CAPÍTULO I	
Una oportunidad entre un millón . . . . .	9
CAPÍTULO II	
Maneras de morir . . . . .	27
CAPÍTULO III	
La vida es dulce . . . . .	53
CAPÍTULO IV	
Música de los que escapan . . . . .	73
CAPÍTULO V	
Vida sin amigos, muerte sin testigos . . . . .	87
CAPÍTULO VI	
El búfalo diablo . . . . .	113
CAPÍTULO VII	
Códigos de caballería . . . . .	133
CAPÍTULO VIII	
El canto del coyote . . . . .	153
CAPÍTULO IX	
El regreso a ninguna parte . . . . .	173
CAPÍTULO X	
Viejo Fort Sumner . . . . .	201
CAPÍTULO XI	
Aromas de la frontera . . . . .	221
CAPÍTULO XII	
Camínos que se cruzan . . . . .	247

CAPÍTULO XIII	
La muerte acecha . . . . .	273
CAPÍTULO XIV	
Duerme bien, querido . . . . .	293
CAPÍTULO XV	
Un corrido fúnebre . . . . .	327
Epílogo con figuras . . . . .	345
Agradecimientos . . . . .	369

## CAPÍTULO I

# UNA OPORTUNIDAD ENTRE UN MILLÓN

Desde la ciudad de Jauja  
me mandan solicitar,  
que me vaya, que me vaya  
a un tesoro a disfrutar.  
—¿Qué dice, amigo, vamos  
a ver si dicen verdad?  
Si es de verdad de lo que dicen  
nos quedamos por allá.  
Los cerros son de tortillas,  
las quebradas de buñuelos,  
las piedras cubiertas de frutas,  
pinos son los caramelos.  
Para toditos los flojos  
es un punto regular,  
porque allí le dan de palos  
al que quiere trabajar.

*La ciudad de Jauja*

Viejo romance de Nuevo México



Abril de 1881

FUERON LOS NIÑOS LOS QUE CORRIERON LA VOZ: «¡YA viene, ya viene el Bilito preso!», decían en español, corriendo por la calle, alborotando entre el polvo. El pueblo de Lincoln, otrora llamado La Placita del río Bonito, fue haciéndose eco de aquella onda que alcanzaba hasta los rincones más lejanos. Sorprendidos en sus tareas cotidianas, sus habitantes dejaron lo que estaban haciendo para asistir al acontecimiento. El boticario Tomlinson, juez de sucesiones, alertado por su mancebo, que atendía los pedidos de la señora de Montaña, dejó de pesar las sales y se asomó por la ventana. Toda la parroquia que vegetaba en El Elefante Blanco buscó la puerta, algunos con su cerveza o su *whisky* en la mano. Era un espectáculo que no se vería nunca más, algo único que poder contar a los nietos, al lado de un buen fuego, o en las reuniones de amigos, recuerdos que acompañaban de por vida. Sam Wortley, el cocinero del hotel, salió a la calle acompañado del mánager Lilly. Desde sus habitaciones, advertida por el revuelo, acudió a la puerta del hotel Apolinaria, la mujer del *sheriff* Pat Garrett, con su hija Ida en los brazos.

El exjuez Wilson, José Montaña y toda la clientela de su tienda se unieron a los que ya esperaban frente al edificio de la nueva corte de justicia. Allí aguardaba asimismo el capitán Saturnino Baca acompañado por algunos hijos de su numerosa prole. Había animación: se sabía que en algún momento de la tarde llegaría la comitiva con el sheriff Garrett, que había salido a recibir al condenado a Ford Stanton.

Severo Gallegos, junto con los demás niños de Lincoln, seguía pregonando la nueva alrededor de la calle principal, cabalgando sobre un caballo imaginario: «¡Ya viene el Chavito! ¡Ya viene el Chavito!». Sam Corbet, antiguo dependiente de la tienda de Tunstall, que ahora trabajaba en la oficina de correos, y Godfried Gauss, viejo cocinero del rancho del inglés, hablaban y esperaban mirando a la lejanía, hacia el camino por donde aparecerían.

Desde el oeste, asomando por la pista de Fort Stanton, una nube de polvo detrás, se fue apreciando el carruaje que conducía al preso. Sabiendo que algunos amigos del Kid habían jurado liberarlo, y para evitar tentativas de rescate, siete guardias fuertemente armados le habían escoltado todo el camino desde Mesilla, donde había sido juzgado, hasta Lincoln, lugar en el que se cumpliría la sentencia. El Kid tenía puestas las esposas y estaba encadenado con grilletes en los pies, situado en mitad del carruaje descubierto y con bancos corridos que le trasportaba, una vieja ambulancia del ejército. Manejada por el sheriff del condado de Doña Ana, Dave Woods, a ambos lados y enfrente de él se turnaban los vigilantes, encabezados por el *marshall* Robert Ollinger y cinco alguaciles, incluidos Billy



Mathews y John Kinney, dos de los más afamados matones y cuatrerros del territorio que ahora estaban del lado de la ley, conversiones sonadas. Puede que no ganaran tanto pero a la larga resultaba más rentable. Aunque tuvieran que arrestar a los que habían sido como ellos.

En Fort Stanton, a nueve millas al oeste de Lincoln, el sheriff Woods había hecho entrega del prisionero a Pat Garrett, que esperaba desde el día anterior. Precisamente Garrett, con su caballo, Sombrero Negro, venía al frente de la comitiva armada. Vestía un traje oscuro sobre el que se había ido depositando el polvo, que también se había pegado a su cara tostada donde asomaban sus ojos grises y su bigote negro. Se le veía algo encorvado, un metro noventa de altura que se balanceaba en ocasiones como si fuera a caer de la cabalgadura. Tras él seguía el carruaje, con un jinete a cada lado y otro detrás. Así fueron llegando hasta la población. Los habitantes y forasteros aguardaban silenciosos y expectantes. Todas las miradas se posaban sobre aquel muchacho —un metro setenta, ojos azules, dientes de conejo, cara pícara con pelusilla en el labio superior— que, cargado de cadenas, parecía chiquito rodeado de tantos guardianes con rostro grave y rifle preparado. Frente a ellos, flotaba su sonrisa, como los rizos de su pelo claro, en medio de la tarde.

—¡Otra vez aquí, eh, muchachos! Parece que quieren que vuelva a este condenado lugar —dijo con su peculiar sentido del humor, a prueba de tiroteos y situaciones difíciles.

—Esta será tu última visita, puedes estar seguro. Aquí acabaron tus andanzas —le respondía Bob Ollinger, que había viajado a su lado con el revólver desenfundado.

Cuando llegaron a la corte, donde iba a ser confinado hasta la fecha elegida para la sentencia, Garrett descendió del caballo y lo ató a los postes de la puerta. Hicieron bajar a Billy, que era el único al que parecía divertirle la situación y la expectación generadas.

—Señoras, perdonen que no me quite el sombrero —dijo en español—. Señores, les invitaría a un trago con mucho gusto, visto que se han dignado venir a recibirme, pero no creo que me dejen estos chacales, ¡ja, ja!

Enseguida hicieron entrar al preso a la casa. Los últimos guardianes se quedaron en la puerta, mirando a los curiosos, con aspecto equívoco. No se sabía si vigilaban algún gesto hostil o simplemente se exhibían ante los hombres y se pavoneaban ante alguna de las señoras que cuchicheaban a su lado. Los niños seguían agitados, propagando con sus voces agudas lo evidente:

—¡Van a encerrar al Bilito! ¡El Chavito en la nueva cárcel!

Un gesto de uno de los vigilantes consiguió, si no espantarles, que al menos se callaran. Poco a poco, en pequeños grupos, y comentando el suceso, los hombres fueron volviendo a sus quehaceres o entrando en el *saloon*. Se empezaban a cruzar las apuestas sobre si el *desperado* podría fugarse de la nueva cárcel antes de su ahorcamiento. La noticia ya se había propagado por todo el condado.

Sólo le habían condenado por una, pero a Billy le achacaban más muertes de las debidas, fama que había obrado en su contra. En aquellos días, la gente no hacía más que recordar las andanzas del Bilito. Por un lado es-

taba su tierno desparpajo, mezcla de ángel dulce, capaz de cualquier cosa por sus amigos o incluso desconocidos que lo precisaban, como viajar en plena noche a buscar medicinas para un enfermo; por otro su sangre de hielo, de ángel justiciero, detrás de un muro de adobe de Lincoln, disparando con otros «reguladores» a sangre fría al sheriff Brady y sus ayudantes. Indiferente a lo que allí decían estaba Billy, encadenado y enjaulado, reducido a una habitación en el ala este del antiguo edificio de La Casa de Murphy & Dolan, la firma que pretendió gobernar las vidas y haciendas de los habitantes del lugar.

El cuarto había sido el dormitorio de Murphy, el baluarte de uno de sus mayores enemigos, de él y del que fuera su patrón y amigo, Henry Tunstall. Murphy había muerto hacía ya dos años de cáncer, dejando los negocios a Dolan y a su socio Riley. El fiscal federal Catron, asimismo presidente de un banco en la capital del territorio, albacea del testamento de Murphy, y todopoderoso artífice del Círculo de Santa Fe, había vendido la casa al condado de Lincoln para que sirviera de sala de justicia, oficina de correos y del sheriff. Una sala adosada a su costado era aún utilizada por los masones para sus reuniones. En la otra ala del edificio dormían cinco prisioneros anglos que esperaban el juicio por haber matado a dos mexicanos en Tularosa Creek en una disputa sobre derechos de agua. Los matadores se habían refugiado en Lincoln bajo la protección de Pat Garrett para evitar ser linchados por un motín de hispanos que clamaba justicia.

—¿No podías haber elegido otro lugar, eh Pat?  
¡Condenada casa...! —había protestado Billy al llegar.

—¿No creerías que te iba a encerrar en la vieja cárcel...? Aquello no reúne condiciones y no es sitio para personas. Más de tu importancia. Sé que eres muy sensible a las cárceles, Billy, pero aquí estarás más cómodo.

—¿Cómodo? ¿Con esto? —Señalaba el preso los grilletes y las esposas. Apenas podía caminar por las cadenas que le sujetaban los tobillos.

—Bell, no es necesario tener a Billy con una cadena tan corta en los pies. Ponle otra un poco más holgada. No quiero que se haga daño. De todas maneras, le será imposible escapar.

—Así que esto es lo que veía el hijo de perra de Murphy —Billy, vuelto hacia la ventana, aparentó no haber oído las últimas palabras del comisario—. Desde aquí contemplaba el pueblo e imaginaba ya que todo era suyo. No le sirvió de mucho, la verdad, el chingado ya está bailando con la Huesona.

Desde que se supo de la presencia de Billy en Lincoln, aquello se convirtió en un desfile. Sus amigos y viejos compadres que habían participado con él en la guerra del condado fueron a verlo, aunque estuvieran separados por la mesa y bajo la atenta mirada de alguno de los carceleros. La admiración del pueblo no tenía límites, también el odio de sus enemigos. Era grande el Kid, por esas pasiones que provocaba: no dejaba a nadie indiferente.

Annie Lesnett también lo visitó. Tenía menos de treinta años y dos hijos. Con su marido Frank regentaba la estafeta, una tienda y un hotel en Ruidoso, un rancho que tenía pinos y flores salvajes, al lado del río, donde el cauce se angostaba y saltaba entre las rocas, batiendo la piedra

con rítmica cadencia. Hacía cerca de cinco años que le conocía, y a aquella mujer que no había perdido la dulzura, le dolía verle así.

—¿Que pasó con tu perro, Kid? —preguntó Annie para romper el hielo y distraer al preso de su triste destino.

—Lo regalé a unos amigos de Fort Sumner, pero me han dicho que ha muerto —respondió el Bilito.

—Así vas a acabar tú, colgado como un perro —dijo con alegría Bob Ollinger, que junto con James Bell, había sido el encargado de la custodia del Kid—. Voy a disfrutar cuando te empuje en la horca y oiga cómo se parte tu cuello. ¿No quiere venir a presenciarlo, señora?

Annie volvió la cabeza y parpadeó rápidamente para que no se le notaran las lágrimas. Si alguien allí era un asesino, ese era Ollinger. Aquella era la justicia de un mundo al revés.

—Señora Lesnett, ellos no pueden colgarme si ese día no estoy aquí, ¿no es así? —intervino el Kid con ternura.

Ella se enderezó y volvió la cara.

—Claro que no pueden, Billy —dijo para darle ánimos, aunque en realidad era él quien se los daba a ella.

\* \* \*

*Pobre Billy, pobre niño malo. Sin padre ni madre en la vida, nadie que lllore por ti, o tal vez así sea mejor, que no vean tu triste final... ¿Cómo pudo un joven como tú tener este destino? Mi marido Frank dice que desde hace años lo*

*llevas clavado en la espalda. Pero para mí eso no era tan claro cuando te conocí. No eras más que un niño grande al que no le dejaron jugar mucho, ya se sabe que acá, los hombres pasan rápidos de la infancia a la madurez, apenas sin juventud, los que llegan, los que no se quedan por el camino entre la viruela, el tifus, tantas enfermedades y accidentes. Y luego el plomo, la violencia, esa asignatura que se enseña casi desde que les traemos al mundo y les damos la leche, escuela de la vida que les espera de inmediato, apenas aprendidas las letras y las cuatro reglas de los números. Eso los que tienen suerte y pueden ir a la escuela. Pero por qué tú, Billy, joven amable y cariñoso, por qué cayó sobre ti la maldición de los hombres de esta tierra...*

*Me acuerdo de tu perro, aquel pequeño spaniel negro, puro nervio, que jugando saltaba hacia ti hasta que, sonriendo, sacabas tu pistola y comenzabas a disparar al suelo, entre mi miedo aprensivo. Nunca me he acostumbrado a las armas ni a los tiros, me sobresaltan entera. El perro jugaba a seguir cada nubecilla de polvo, aullando de gozo. El animal no se percataba de que si una de esas balas erraba podía dejar de jugar para siempre, pero no había cuidado, eras uno de los más rápidos y precisos tiradores del sudoeste. Decías que querías ser tan bueno con el revólver como lo eras con el winchester. Yo te decía que esas no eran mañas, que mejor un trabajo honrado y callado. Y cuando te lo decía, te reías, así sin mucha fuerza, como si todo fuera en realidad una travesura, una trastada que ya duraba demasiado tiempo y que acabaría cuando tuvieras que regresar a casa, con los tuyos. Pronto supe que nunca podrías. No tenías casa, no tenías familia. Sólo tenías a tus armas, tu rifle y tus pistolas.*

*¡Ah, Billy, cuánto despropósito! Me llegan de sopetón los recuerdos, desde que te conocí, en 1877, cuando Jennie Mae, mi segunda hija, tenía nueve meses. Entonces llegaste a mi casa con Jesse Evans, un joven cuatrero sangriento que tenía el aliento del infierno. Te presentaste como Billy Bonney. No tendrías más de 18 años y tu rostro y tus maneras no se parecían en nada a la de los desesperados que asolaban el territorio. Te gustaban los niños, jugabas con cualquier mozallete al trompo o al juego de la oca. De inmediato congeniaste con los míos. Al pequeño Johnny, de tres años, le llamabas pardie —compañerito— y te gustaba cogerlo en los brazos. Montabas a los dos en tu poni gris y con todo cuidado les dabas un paseo. Ah, Billy, eras un joven adorable, cualquier muchacha del lugar te hubiera querido tener por novio, e incluso yo te presenté a algunas en los bailes de los sábados. Pero eras demasiado libre, demasiado indómito. Como todo el condado de Lincoln. No quisiste cambiar, y tampoco te dejaron.*

*Desde que llegaste al condado no dejamos de oír hablar de ti, de tus hazañas, de tus deudas de sangre, de tus compañías y de tus problemas con la ley. Yo no te preguntaba las pocas veces que volviste a pasar por aquella casa, y tú tampoco dabas aire y vuelo a tus cosas. He venido a verte, Billy, no sólo porque me acuerde de ti, sino porque he querido darte la bendición de esa madre que muy pronto te faltó en la vida. Y sin embargo, los nervios y las lágrimas no me han dejado. Pobre niño malo, Billy, espero que allá, en el otro mundo, donde vas a ir, la encuentres. Ella, de seguro, te estará esperando.*

El condado de Lincoln era el más grande de aquella nación en expansión llamada Estados Unidos de América: cerca de ochenta mil kilómetros cuadrados en el sudeste de Nuevo México, territorio libre e indócil, secarrales de colinas atravesados por manchas de agua, donde se arracimaba el verde y los pastos y donde pastaban miles de cabezas de ganado, cantidad mucho mayor que la de los habitantes, que no llegaban a tres mil en total. Con ríos como el Hondo, el Bonito y el Pecos, de resonancias hispanas, y al fondo las sierras de Sacramento, la Capitana y Guadalupe, 3700 metros en su punto más elevado. Y en toda esta área, espolvoreados aquí y allá, ranchos y un pueblo o placita. Lincoln era una de esas poblaciones, levantada a orillas del río Bonito, con casas desperdigadas a lo largo de un par de kilómetros sobre el espinazo de un camino de tierra en cuyo extremo norte se alzaba aún un torreón de piedra construido contra las incursiones de los apaches.

El resto de las casas eran de adobe o de ladrillo cocido, con grandes muros que aislaban del frío del invierno y protegían del calor del verano, técnica indígena adaptada por los hispanos. Como capital del condado, recibía visitantes que iban a comprar o registrar tierras al juzgado, a comprar a las tiendas, recoger correspondencia en la oficina de correos o a beber a alguna de las dos cantinas. La mayoría de su población era hispana, agricultores con pequeños campos junto al río, pastores que cuidaban rebaños de ovejas, jornaleros que buscaban empleo en las estaciones con más faena agrícola. También gozaba Lincoln de un número significativo de arrieros,



ocupación que habían desarrollado con gran habilidad desde la época española. Un mundo pequeño donde todos se conocían y donde las novedades, no se sabía cómo, circulaban a gran velocidad entre todas las rancherías. También los bulos y los rumores, los amores y pependencias. Mundo atávico, anclado en un tiempo y unas maneras distintas, y al mismo tiempo, la síntesis del oeste, con sus esencias más puras.

Varios años antes de que el pueblo de Lincoln como tal fuera creado, las incursiones de los apaches mescaleros habían dado lugar a una dura campaña del ejército estadounidense. El general James H. Carleton declaró la ley marcial. Época revuelta, vivida bajo las armas que dictaban las normas. Los mescaleros se rindieron a Kit Carson, que los internó en la reserva de Bosque Redondo, situada en una planicie junto al río Pecos, donde el ejército levantó un puesto militar, Fort Sumner. Unos cuatrocientos mescaleros fueron internados allí en marzo de 1863. Experiencia traumática para los mescaleros y los miles de navajos —eran tribus enemigas— que llegaron también a la reserva después de haber sido derrotados por Kit Carson durante el invierno de 1864.

Tiempo terrible, de mucha muerte. Las condiciones de vida en la reserva eran nefastas; el agua alcalina del Pecos causaba disentería, las condiciones sanitarias eran muy precarias y la meningitis y la gripe provocaron la muerte de niños y ancianos, debilidad de los tallos demasiado tiernos o achacosos. Condición agravada por una desastrosa sequía: se perdieron cosechas y ganado, efectos que multiplicaron la hambruna.

Exasperados, a punto del exterminio, los mescaleros huyeron de la reserva. La mayoría se refugió en su territorio, la Sierra Blanca del sur de Nuevo México. Meses después llegó la orden del Gobierno de Washington de asegurar la paz. Se autorizó la creación de una reserva al sur de Fort Stanton.

Los grandes negocios comenzaron a hacerse alrededor del fuerte y la reserva apache con sus necesidades de alimentos. La Compañía Murphy era la empresa contratada por el Gobierno federal para ello, y a su frente se encontraban tres antiguos oficiales del ejército: el excomandante Lawrence G. Murphy, el excoronel Emil Fritz y el excapitán James J. Dolan.

Los tres habían abierto una tienda para los indios en Fort Stanton, a finales de la década de 1860. De ahí —amparados por mandos civiles más altos— saltaron a dominar la economía y la política en el condado de Lincoln. Nada querían que se desarrollara si no era a su sombra, bajo su vigilancia, poder que emanaba de un edificio de dos pisos, llamado *La Casa*. Durante siete años, entre 1871 y 1878, fueron amasando su fortuna, engañando en el número y la calidad del suministro de víveres y demás artículos que los mescaleros recibían del Gobierno, aunque para ello tuvieran que eliminar testigos incómodos. Su táctica consistía en convencer al agente gubernamental de que el número de indios de la reserva era tres veces mayor del existente. Esto afectaba al consiguiente aumento de raciones que se tenían que suministrar. Raciones de baja calidad que además eran escatimadas. El agente o era burlado o era comprado.

Y, en realidad, La Casa no era más que la sucursal de una maquinaria más poderosa, el tentáculo de un pulpo llamado Círculo de Santa Fe, que a las órdenes del todopoderoso fiscal Catron controlaba la mayor parte de Nuevo México: el poder, los medios de prensa, y cada vez más grandes extensiones de tierra.

Pero entonces entró en escena un serio competidor de Murphy por el control del comercio del condado de Lincoln, del que el aprovisionamiento de la reserva era parte importante. Era inglés, se llamaba John H. Tunstall y tenía como socios al abogado McSween —antiguo abogado de Murphy—, que dio forma al entramado, y al ganadero John Chisum. Crearon un banco y una tienda en la que los suministros estaban más baratos que en La Casa.

El aprovisionamiento de la reserva de los mescaleros fue la primera chispa que encendería la guerra del condado meses después. A eso se sumaba el control de las extensas praderas donde pastaban los grandes rebaños, el cruce de caminos en el que se había convertido Lincoln y la poca fuerza de la ley. Había intereses en pugna —Tunstall, McSween y Chisum eran hombres de negocios, que buscaban también su beneficio—, y una legión de afectados, la mayoría hispanos. Para ellos, una subida de los precios de La Casa era toda una tragedia.

Los pistoleros de Murphy y Dolan se encargaban de robar ganado a Chisum y otros pequeños propietarios. La escalada entre unos y otros fue aumentando —incluidos procesos contra McSween por apropiación indebida de un testamento, acusación que enturbió más el ambiente—, y bajo la orquestación del comprado sheriff Brady,

una patrulla asesinó a Tunstall a la vista de sus vaqueros, entre ellos Billy. Aquello fue lo que le encendió, le rebeló como desafiador de la justicia comprada, como deshacedor de entuertos a golpe de pistola y rifle.

Pronto tuvo detrás a los hispanos. Con el añadido del indio, donde había logrado sobrevivir, los antiguos habitantes del territorio se resistían a sufrir los abusos de los nuevos dueños, aquellos que detentaban el poder. Una buena parte de los viejos habitantes de Lincoln apoyaron a la facción de McSween contra la de Murphy —era la que más les oprimía, la otra sin estrenar— y tras aquella noche desastrosa en la que quemaron su casa, protegieron a los supervivientes.

Era el tiempo de las armas, y Billy, que ya empezaba a hacer historia, era un experto en su uso. Rifles y pistolas eran necesarios para defenderse y atacar, para transitar siquiera. Una plaga más en una tierra, la de Nuevo México, que ya había sufrido otras antes. Al fin y al cabo, la tierra, indiferente, poder tranquilo y remoto que siempre aguardaba, abrazaba a los hombres que querían poseerla, envolviendo sus cajones, sus ataúdes, disolviendo sus cuerpos y sus huesos, convirtiéndolos en polvo. Ése era el escenario y la época. Y en ellos Billy se había movido hasta entonces, avanzando como en el juego de la oca, hasta caer en la casilla de la cárcel, antesala de la muerte.

\* \* \*

*Encerrado. He jurado que sería la última vez que estoy entre rejas. No se ha hecho mi alma libre para estar acorra-*

*lado, amenazado, perseguido, proscrito. De aquí saldré libre o muerto para siempre. He vivido deprisa y mucho, he amado a varias mujeres, he visto morir a amigos y enemigos, y cuando he matado ha sido por necesidad. Lo de Brady fue otra cosa, un ajusticiamiento en el que participé con otros «reguladores». No me arrepiento, era un canalla, y yo, como otros, teníamos la rabia en el cuerpo, la juventud rebelde, no acomodaticia, la sangre caliente, el territorio no era de los de achicarse, sino de levantar la cabeza, hablar con hechos, con puntería, con valor y desprecio del peligro. El amor rápido y bronco, como me gusta, pero también delicado, suave, con olores que me recordaban a mi madre, presencia amada que no pude retener.*

*Desde entonces estoy haciendo guiños a la Huesona, la muerte y yo nos miramos a los ojos varias veces, sé que estoy celado por ella, señalado en su libro de cuentas. Así me dicen mis compadres hispanos cuando el alcohol corre por nuestras venas y se les suelta la lengua. Entre ellos me siento bien, son mi gente. Con ellos hablo en su idioma, que me enseñaron, idioma que trajeron los conquistadores españoles, gente bragada, de voluntad indómita. La tierra lo exige, no hay lugar para los flojos, el esfuerzo y el sudor es algo rutinario, cotidiano, hay que trabajar y sufrir para conseguir las cosas, lo primero el respeto, esa ley del oeste que aún funciona, a pesar de los buitres y leguleyos que han caído en Nuevo México y Arizona, los paisajes de este oeste salvaje y libre que amo, esos paisajes de los que quizá tenga que despedirme, sea por fuga o por muerte en el intento, porque yo no llego a la horca, la humillación en el último momento: espero darle a mis postreros instantes algo más de brillo y*

*luz. En último caso está el veneno, todo con tal de no dar a mis enemigos la satisfacción de verme colgado. Soy jugador. Sé cómo puede acabar la partida, pero con paciencia y fe, con una confianza ciega en el destino, esperaré esa oportunidad entre un millón para aprovecharla. Es la libertad o la muerte, la mesa no admite más apuestas.*